

aceptó el breve de Roma que suprimía el vicario general de la reforma de Francia, y prohibía las asambleas que habían autorizado los decretos del Parlamento y del Consejo. Rancé, medio vencido, regresó á su monasterio.

Si los trabajos espirituales se habían interrumpido en la Trapa, no sucedía lo mismo con las construcciones materiales: los mismos monges eran arquitectos y albañiles. Véase á los legos suspendidos de lo alto del campanario, bamboleados por los vientos, y tranquilizados por su fe: el que colocó el gallo encima del edificio, fue antes de hacerlo á prosternarse á los pies de Rancé: la religión cogió al hermano por el brazo, y así subió con firmeza. Los trabajadores se arrodillaban en sus cuerdas cuando daba la hora de la oración. Rancé enriqueció el convento con muchas celdas; hizo construir una sala para recibir á los extranjeros, como también dos capillas, una en honor de San Juan Climaco, y otra dedicada á Santa María Egipcíaca. Depositó en el altar de la iglesia las reliquias que había traído de Roma y á que luego se añadieron algunas otras. En la iglesia reemplazó, é hizo mal, con un hermoso grupo, aquella Virgen de escaso precio que, en la cima de los Alpes, serena los sitios batidos por las tempestades. Rancé sacó al convento de la desolación humana, y lo acriolló con la desolación cristiana. Aquellos sitios que los ingleses habían hecho resonar con el estruendo de sus armas, no repitieron ya mas que el rumor de la sandalia.

No había mudado de sitio la abadía; estaba como en la época de su fundación en un valle: las colinas aglomeradas en derredor de ella la ocultaban al resto de la tierra. Allí reinaba el silencio y si algun rumor se oía, no era mas que el susurro de los árboles ó los murmullos de algun arroyo; murmullos débiles ó sonoros segun la lentitud ó rapidez del viento: no estaba un muy seguro de no haber oído el mar. Solo en el Escorial he encontrado semejante funeral silencio: las obras maestras de Rafael se miraban mudas en las antiguas sacristías: apenas se oía la voz de una mujer extranjera que pasaba.

De vuelta de su reino de las expiaciones, Rancé redactó constituciones para aquel breve mundo, adecuadas á los que lloran. En el discurso que precede á estas constituciones se lee: (1) «La abadía está situada en un valle muy solitario; quien quiera habitarla, no debe traer á ella mas que su alma: aquí nada tiene que hacer la carne.»

Se le figura á uno leer en ellas algun fragmento de las *Doce Tablas*, ó la consigna de un campanio de las cuarenta y dos divisiones israelitas. Veamos estas prescripciones:

«Los hermanos se levantarán á las dos para ir á mailines; el espacio entre las campanadas será muy breve, á fin de quitar la ociosidad á la pereza. Observarán la mayor modestia en la iglesia, y harán todos juntos las inclinaciones de cuerpo y las genuflexiones: estarán descubiertos desde el principio de mailines hasta el primer salmo.»

Nunca volverán la cabeza hácia el dormitorio, y andarán con gravedad: nunca entrarán en las celdas unos de otros: dormiran sobre un jergon, la almohada será de paja, y la cama una simple tarima. «En la oscuridad de sus celdas, dice Carlos Nodier en sus *Meditaciones del claustro*, escondió Rancé su arrepentimiento, y aquel elevado ingenio que adivinó á los nueve años las bellezas de Anacreonte, abrazó, en la edad del placer, austeridades que asombran nuestra debilidad.»

El refectorio exigía sumo aseo; los hermanos debían tener siempre los ojos bajos, pero sin inclinarse demasiado sobre lo que comían. Luego se hacen sobre

(1) Constituciones de la abadía de la Trapa. Paris 1671.

el uso del cuchillo y el tenedor, recomendaciones que parecen escritas para niños: el anciano delante de Dios ha vuelto á la inocencia de los días infantiles.

Apenas la campana anunciaba la hora del trabajo, todos los religiosos y novicios debían acudir al locutorio, y salir de allí para el trabajo señalado con gran compostura y recogimiento interior, considerándolo como la primera pena del pecado.

En las horas de recreo no se hablará de las novedades del día. En las grandes salidas, se podrá ir en silencio con un libro á un sitio del bosque, no frecuentado por los seglares: dos veces por semana se reunirá el capítulo llamado de culpas: antes de acusarse, se prosternarán todos juntos, y cuando diga el superior, *quid dicite?* cada cual responderá en voz bastante baja, *culpas meas.*

En la enfermería, el enfermo no se quejará nunca: nunca debe tener ante los ojos mas que la imagen de la muerte, ni temer nada tanto como vivir.

A estas constituciones añade Rancé algunos reglamentos que empiezan con este prólogo: «No cumpliré lo que debo á Dios, lo que os debo á vosotros, hermanos míos, ni lo que me debo á mí mismo, si desatendiese en mi conducta algo de lo que puede haceros dignos de la eternidad.»

Luego empiezan las instrucciones generales.

«Nunca un hermano se quedará solo en ningun sitio oscuro, dice Rancé.» Y sin embargo, sin advertirlo, ponía al hombre solo delante de sus pasiones.

Las observancias en lo tocante á los extranjeros, son sumamente tiernas: en cada pieza del local destinado á los huéspedes, se veían advertencias escritas. Si moría algun pariente cercano, como el padre ó la madre de algun religioso, el abad lo recomendaba al Capítulo sin decir su nombre, de suerte, que cada cual se interesaba por el finado como por su propio padre, sin que la noticia causase dolor, ni inquietud, ni distraccion al hermano que había experimentado la pérdida. La familia natural quedaba destruida, y á ella se sustituía una familia de Dios. Cada religioso lloraba á su padre cuantas veces lloraba al padre desconocido de un compañero de penitencia.

Estableciéronse usos para tocar la campana segun las horas del día y los diferentes rezos. Hay reglas para el canto: en los salmos se debe ir aprisa hasta la *genuflexion*; el *Magnificat* debe entonarse con mas gravedad que los salmos; aunque no se exige ninguna pausa en el discurso de un responso, debe hacerse una en el *Salve Regina*: aquí es preciso que haya un momento de silencio en todo el coro.

A estos reglamentos confió Rancé la ejecución de sus dos grandes proyectos: oración y silencio. La oración no se suspendía mas que para trabajar. Los hermanos se levantaban por la noche para implorar al que no duerme: Rancé quería, que el alma y el cuerpo estuviesen igualmente ocupados.

Cuando notaba el abad que alguno de sus religiosos padecía dolores que no se manifestaban con ningun síntoma aparente, le consagraba una particular atención. No procedía por medio de milagros; no hacía oír á los sordos ni ver á los ciegos; pero aliviaba las enfermedades del alma y asombraba los ánimos, calmando las tempestades invisibles. Variando sus instrucciones con arreglo al carácter de cada cenobita, Rancé ponía todo su conato en derramar en ellos el atractivo del cielo. Una palabra de su boca les volvía la paz del alma. Algunos solitarios que nunca le habían conocido, hallaron posteriormente en su sepultura la curación de sus penas; la bendición del cielo continuaba en su tumba: Dios guarda los huesos de sus servidores.

La hospitalidad cambió de naturaleza, haciéndose puramente evangélica; ya no se preguntó á los extranjeros quiénes eran ni de dónde venían; entraban

desconocidos en el hospedería, y de ella salían desconocidos, bastándoles ser hombres; la igualdad primitiva volvía á prevalecer. El monge ayunaba, mientras el huésped estaba provisto de todo lo necesario; entre ellos no había de comun, mas que el silencio. Rancé mantenía por semana hasta 4,500 necesitados, y estaba persuadido de que sus monges no tenían derecho á las rentas del convento sino en calidad de pobres. Asistía á varios enfermos vergonzantes y eclesiásticos indigentes: había establecido casas de trabajo y escuelas en Mortagne: los males á que exponía á sus monges, no le parecían mas que padecimientos naturales que llamaba la *penitencia de todos los hombres*. Tan profunda fue la reforma, que el valle consagrado al arrepentimiento llegó á ser una tierra de olvido.

De esta educación resultaron efectos que solo se advierten en la historia de los Padres del desierto. Un hombre que andaba extraviado, oyó una campana hácia las ocho de la noche; marcha en aquella dirección, y llega á la Trapa. Era de noche, diósele la hospitalidad con la caridad acostumbrada, pero no se le dijo una palabra. Aquel extranjero, como en un castillo encantado, se veía servido por espíritus mudos de quienes solo se creía oír las misteriosas evoluciones.

Al ir al refectorio, los religiosos seguían á los que iban adelante sin cuidarse de adonde iban: lo mismo sucedía para el trabajo: no veían mas que las pisadas de los que los precedían: uno de ellos, durante el año de su noviciado, no levantó ni una vez sola los ojos del suelo: no conocía ni aun el techo de su celda. Otro religioso estuvo tres ó cuatro meses sin ver á su propio hermano, aunque continuamente lo tenía al lado.

No se limitaron estos grandes efectos al interior del convento, antes bien se extendieron por todas partes. Mas adelante, cuando se destruyó la Trapa, se vieron renacer otros mil como plantas, cuya semilla se ha dispersado el viento en lo alto de las ruinas. Yo he citado en las notas del *Genio del Cristianismo*, las cartas de M. de Clausel, que de soldado de Condé pasó á España á encerrarse en la Trapa de Santa Susana: véase lo que escribía á su hermano: «Llegué un día, en una campiña solitaria, á una puerta, único resto de una gran ciudad. Seguramente había habido en esta ciudad partidos, y sin embargo, hace siglos que sus cenizas se levantan confundidas en el mismo torbellino. He visto también á Murviédro, la antigua Sagunto, y no he pensado mas que en la eternidad. ¿Qué me importará esto de aquí á veinte ó treinta años? Ah, hermano mio! plegue á Dios que tengamos la dicha de entrar en el cielo! Si me queda algun caudal, deseo que se haga construir una capilla dedicada á nuestra Señera de los Dolores, en el solar de la casa paterna.... Dáte prisa á hacer levantar cruces para consuelo de los viajeros con asientos y una inscripción como en Baviera: *Vosotros que estais cansados, descansad*. Mañana tendré la dicha de pronunciar mis votos: á ellos añadiré una cruz cual suele ponerse sobre las sepulturas de los muertos.»

Cuando se destruyó la Trapa, un portador del sayal de Rancé pidió asilo al canton de Friburgo. Los frailes dejaron su monasterio: cada religioso llevaba en el morral su hábito y un pedazo de pan. Detóvose la colonia en Saint-Cyr, donde fue recibida por la moribunda hospitalidad de los Lazaristas, y pronto tuvo que alejarse: el voto de silencio y de pobreza parecía una conspiración á los que causaban tan horribles alborotos. En París, los cartujos, prontos á separarse, recibieron á los trapenses: los claustros de San Bruno ejercieron su último acto de caridad. La soledad ambulante prosiguió su camino. La vista de una iglesia lejana que encontraban al paso los hermanos, los reanimaba; bendecían la casa del Señor, recitando salmos, como se oye entre las nubes á una bandada de cisnes silvestres saludar al paso las praderas de las Floridas. En la frontera, el carro que llevaba á los

desterrados al cielo, fue mirado con compasion por nuestros soldados que no registraron á aquellos mendigos. Al entrar en suelo extranjero, los desterrados se dieron el ósculo de caridad en un bosque. A una legua de la antigua abadía del Valle Santo, cortaron una rama de un árbol, hicieron con ella una cruz y recibieron al cura de Cerniat que salía á su encuentro.

En el Valle Santo, ruina de un monasterio abandonado, apenas hallaron donde ponerse al abrigo. En una época en que las armas, las desgracias y los crímenes metían tanto estruendo, la fama de los solitarios se extendió por fuera: los reyes huían y no atraían á nadie en su seguimiento, y de todas partes se acudía para alistarse en el número de los frailes refugiados. El Valle Santo, lleno de neófitos, tuvo que enviar colonias á otras partes, como esparce en derredor una colmena sus enjambres; pero la revolución, que andaba mas aprisa que la religión fugitiva, alcanzó á los trapenses en su nuevo retiro: precisados á abandonar el Valle Santo, arrojados de reino en reino por el torrente que los perseguía, llegaron hasta Butschirad, donde yo he encontrado á otro proscrito: en fin, llegando á faltarles el suelo, pasaron á América. Grande espectáculo era en verdad ver al mundo y á la soledad huyendo á un tiempo delante de Bonaparte. El conquistador, tranquilizado por sus victorias, conoció la necesidad de las casas religiosas: «Allí, decía, podran refugiarse aquellos á quienes el mundo no conviene, ó que no convienen al mundo.»

El P. Gustin, trapense fugitivo, rescató las ruinas de la Trapa con limosnas: no quedaban ya del monasterio mas que la botica, el molino y algunas granjas. En las cercanías de Bayeux, las religiosas trapenses, arrojadas del bosque de Senart, se establecieron bajo la dirección de mi prima madama de Chateaubriand. Los hijos de Rancé no hallaron al volver á la soledad de su padre mas que paredes cubiertas de yedra, y escombros atestados de matorrales; pero tal fue desde su origen el vigor del árbol que plantó Rancé, que todavía continúa viviendo, y dará sombra á los pobres cuando no haya ya sombra de troncos en la tierra. Yo he visto en la Trapa un olmo del tiempo de Rancé: los religiosos tienen gran cuidado de esta antigua reliquia que indica las cenizas paternas mejor que la estatua de Carlos II la inmolation de Carlos I.

Los monges, cuya historia acabo de bosquejar, habían sido los hijos de Rancé. Cuando este llegó á la Trapa, uno de sus primeros cuidados fue hacer derribar un palomar, celdas de palomas, que se hallaba colocado en medio del patio, ya porque quisiese abolir hasta el recuerdo de los tiempos de una abstinencia menos rigorosa, ya porque temiese á aquellas aves que la fábula ponía entre sus mas bellos ornatos, y cuyas alas llevaban mensajes por las riberas del Oriente. Un trapense se confesaba de haber mirado un nido: ¿se acusaba de haber pensado en un nido ó en unas alas? A pesar de ser el jefe, Rancé no se dispuso ninguna de las preferencias de sus antecesores; se contentaba con la comida comun; privado como sus monges del uso de la ropa blanca, predicaba y confesaba á sus hermanos; sus únicas distracciones, eran las palabras que recogía en el lecho de ceniza. Agravaba mas bien que mitigaba sus penitencias: en sus discursos no hablaba mas que de la escala de San Juan Climaco, de las Ascéticas de S. Basilio, y de las Conferencias de Casiano.

Los cinco ó seis primeros años del retiro de Rancé pasaron oscuramente: los jornaleros trabajaban subterráneamente en los cimientos del edificio. Rancé recibía sin distinción á cuantos religiosos se presentaban. El primero que acudió fue en 1667, fray Rigobert, monge de Claraval; luego fray Jaques y el P. Le-nain. Estas recepciones empezaron á hacer enemigos á Rancé. Todo esto nos parece muy superficial á noso-

tros que no damos importancia mas que á las miserias de nuestra vida; pero entonces eran negocios muy graves: Roma tomaba parte en ellos, y lo mismo el gran consejo del rey. Precisado á entrar en aquellas transacciones generales, Rancé tenia que tomar parte en los accidentes domésticos: administraba sus primeros solitarios, que al principio se morian casi todos. Hallándose fray Plácido tendido en su último lecho, Rancé le preguntó adónde queria ir: «Al encuentro de los bienaventurados» respondió.

Administrado fray Bernardo, no bien hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor, sintió una vehemente necesidad de escupir, contúvose, y murió ahogado por el pan de los ángeles.

Claudio Cordon, doctor de la Sorbona, recibió al llegar á la abadía el nombre de Arsenio, nombre que ha llegado á ser famoso en las nuevas leyendas. Arsenio, despues de su muerte, se apareció en una gloria al trapense Pablo Ferrand y le dijo: «Si supierais lo que es conversar con los Santos!» y desapareció.

La abadía de Durval quiso reformarse, y para este objeto convino el abad en tener una entrevista con Rancé, que al instante se puso en camino, y encontró á aquel en Chatillon, triste lugar donde no se realizan las esperanzas. De allí pasó á Commercy, donde volvió á ver al cardenal de Retz, á quien apartó de la aparente idea que tenia de retirarse á la Trapa. M. Dumont, autor de la historia de la ciudad de Commercy, ha tenido la bondad de enviarme una carta de Rancé al cardenal de Retz. «Si vuestra eminencia, dice el abad de la Trapa, creyese que en el mundo hay alguna persona de quien se ocupe mi corazón mas que en ella, no me haria justicia.» Véase adonde puede conducir á la misma piedad la deferencia á las categorías. Despues de su salida, Rancé se dió prisa á replegarse y á retirar del mundo su patrulla. De vuelta de la Trapa, admitió á profesión á fray Pacomio: de quien se refiere que jamás abria un libro, pero que sobresalía en la humildad. Encargado del cuidado de los pobres, nunca entraba en la despensa del pan sin descalzarse, como Moisés para entrar en la tierra de promision. Pacomio atrajo á sí á uno de sus hermanos, y ambos vivieron bajo el mismo techo sin darse la menor señal de haberse anteriormente conocido.

Rancé envió á Septfont un religioso que llegó á malearse. «Me he equivocado, escribia Rancé al visitador, y de ello haré penitencia toda mi vida.»

La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del XVII, habian sido bandidos, desertores de los ejércitos: unos se retiraban á Port-Royal, y otros á la Trapa, todos á una soledad vengadora que debia devorarlos. Una sociedad tan llena de crímenes, se llenó de penitentes como en tiempo de la Tebaida.

Desde la reforma hasta la muerte de Rancé, se cuentan ciento noventa y siete religiosos y cuarenta y un hermanos, entre los cuales hay muchos, cuyas vidas ha escrito Rancé, y que pueden figurar en las novelas del cielo. Véanse sus nombres en la *Historia de la Abadía de la Trapa*, excelente coleccion donde todo se halla referido con minuciosa exactitud: es obra que recomendando con tanto mas empeño, cuanto he encontrado en ella algunas palabras de censura contra mí, que sin embargo no creia yo haber merecido....

La Trapa no era un lugar risueño; el terreno que la rodeaba ofrecia un aspecto lleno de desolacion, y la aspereza de sus costumbres parecia reproducirse en la aspereza del pais; pero la Trapa se conservó ortodoxa, y Port-Royal fue invadido por la libertad del entendimiento humano. El terrible Pascal con su espíritu geométrico, dudaba sin cesar, y no salió de su desgracia sino precipitándose en la fe. A pesar del silencio que guardaba la Trapa, se trató de destruirla, tal

era el terror que inspiraba al mundo. La habilidad de Rancé la libertó de su ruina: Port-Royal fue menos feliz.

Habiendo salido de Paris en la noche del 27 de octubre de 1709, d'Argenson sitió á Port-Royal de los Campos, con trescientos hombres, número excesivo en verdad para arrebatar á veinte y dos religiosas ancianas y enfermas. Dispensáronlas por diferentes lugares, y alguna vez se rehusó la sepultura á aquellas ovejas apartadas del rebaño de la madre Angélica.

En fin, llegó la órden para la demolicion del convento el 25 de enero de 1710, diez años despues de la muerte de Rancé, órden que se ejecutó con furor, segun el testimonio de Duclos. Los cadáveres se desenterraban entre obscenas bromas, mientras que en la iglesia los perros se hartaban de carne descompuesta. La casa de M. de Sainte Marthe se convirtió en una granja; los ganados pacen en el solar de la iglesia de Port-Royal de los Campos. «La clemátida, la yedra y los espinos, dice un viajero, crecen entre estas ruinas, y un sauce eleva su tronco en medio del recinto donde estuvo el coro: apenas interrumpen el silencio los arrullos de la paloma torcaz. Aquí Saey venia á repetir á Dios la oracion que tomó de Fulgencio; allí Nicole excitó á Arnauld á dejar la pluma; en esta apartada alameda me verá Pascal que desenvuelve una nueva prueba de la divinidad del cristianismo; mas adelante, con Tillemont y Lancelot, se pasean Racine, La Bruyere y Boileau que han venido á visitar á sus amigos. ¡Ecos de estos desiertos, árboles antiguos, ojalá hubierais podido conservar las pláticas de aquellos hombres célebres!»

¿Y cuál es el cristiano convencido, el genio poético que se dirige á estos ilustres desaparecidos como algun dia en Esparta llamé yo en vano á Leonidas? ¿Quién es? El antiguo obispo de Blois, el juez de Luis XVI.

Luis el Grande, habeis enseñado á vuestro pueblo las exhumaciones; acostumbrado á obedecerlos, ha seguido vuestros ejemplos: en el instante mismo en que caia la cabeza de Maria Antonieta en la plaza de la Revolucion, el pueblo hacia pedazos las sepulturas en San Dionisio: al borde de una sepultura abierta, Luis XIV, todo ennegrecido, á quien se reconocia por sus abultadas facciones, aguardaba su última destruccion; ¡represalias de la justicia eterna! «Decid, pueblo real de fantasmas (me cito á mí mismo; ya no soy mas que el tiempo) ¿querriais resucitar á precio de un corona? ¿Os tienta el trono todavia? Meneais las cabezas y os volveis á recostar lentamente en vuestras tumbas.»

Rancé habia trasportado consigo al desierto lo pasado, y á él atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no desatendia ninguna grandeza; antes bien se asociaba á las victorias de un recluso com á las de un capitán. Las contiendas del jansenismo, las misticidades del quietismo, ocupaban á la ciudad y á la corte desde Bossuet y Fenelon, hasta las señoras de Maintenon y de Longueville; desde el cardenal de Noailles, hasta los mariscales amigos ó enemigos de Port-Royal; desde los adversarios del protestantismo hasta los herejes mas obstinados. Por Rancé, el siglo XIV entró en la soledad, y la soledad se estableció en el seno del mundo.

En estos primeros años del retiro de Rancé, poco se oyó hablar del monasterio; pero insensiblemente se extendió su fama. Advirtieron los hombres que venian perfumes de una tierra desconocida y volvieron el rostro para respirarlos hácia las regiones de aquella Arabia Feliz. Atraído por los efluvios celestes, el mundo siguió su corriente: la isla de Cuba se revela por el olor de la vainilla en las costas de las Floridas. «Estábamos, dice Leguat, en presencia de la isla de Eden: el aire estaba lleno de un delicioso olor que

venia de la isla, y se exhalaba de los naranjos y los olimoneros.» (1)

## LIBRO III.

Las calumnias publicadas contra el monasterio de la Trapa, por los libertinos que se burlaban de las austeridades, y por los envidiosos que sentian nacer otra inmortalidad para Rancé, empezaban á multiplicarse: incesantemente estaban sacando á plaza los primeros extravíos de Rancé, y se obstinaban en no ver en su conversion otro móvil que la vanidad. Sus mayores amigos, como el abad de Prieres, visitador de la Orden, veian con terror las reformas de la Trapa; el último escribia á Rancé: «Tendreis muchos admiradores, pero pocos imitadores.»

Maubuisson, abadía situada junto á Pontoise, fue edificada por la reina Blanca, cuya sepultura se veia aun en ella. Rancé escribió á la desanimada superiora de aquella abadía. Tambien escribia á otra mujer, porque todos los que sufrían consultaban á aquel sabio médico que habia ensayado los remedios en si propio: «Si os asalta el tedio, pensad que Jesucristo os espera; toda vuestra carrera y su duracion no os pareceran mas que un vapor pasajero.»

El 7 de setiembre de 1672, presentó Rancé una solicitud al rey en favor de la reforma; en ella empieza por decir que los antiguos solitarios, cuyo nombre y hábito no merece llevar, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos por el servicio de Dios, y que á su ejemplo, creeria faltar al mas santo de sus deberes, callando; que desgraciadamente no va á hablar mas que para quejarse, y que el que le abria la boca no habia puesto en sus labios mas que palabras de dolor. Pasando de aquí á su argumento, habla de la Orden del Cister pronta á volver á caer en los peligros de que se ha escapado por la falta de proteccion rehusada á la Estrecha Observancia establecida por Luis XIII. Mientras que los solitarios han vivido en la perfeccion, han sido considerados como ángeles tutelares de la monarquía; ellos han sostenido con el poder que tenian cerca de Dios, la fortuna del imperio: una santa religiosa vió en espíritu lo que pasaba en la jornada de Lepanto. «V. M. no extrañará, concluyó diciendo Rancé, que obligado por el deber de mi profesion á presentarme á cada instante al pié de los altares del rey del cielo, me lleve una vez en mi vida al trono del rey de la tierra.»

La corte de Roma se oponia á las reformas demasiado austeras de la Trapa, y Rancé anunciaba su habilidad despertando en el corazón de Luis XIV la pasion del poder.

En todos los rumores propagados, unos denunciaban á Rancé por su doctrina, sosteniendo que no era pura, otros le acusaban de hipocresía, y otros de introducir innovaciones en la Orden. El rey hácia fines de octubre de 1673, le concedió para juzgar la cuestion los comisarios que habia pedido, el arzobispo de Paris, el dean de Nuestra Señora, y otros respetables sacerdotes.

Al mismo tiempo sus adversarios daban pasos en Roma contra él. «A un fraile, decia Rancé, no hay reputacion que le sea debida; no existe mas que para ser hombre de oprobio y de abyeccion.»

Estos sentimientos hostiles se popularizaban en versos que no tenian el mérito de los de nuestro gran cancionero, pero que ya indicaban la senda por donde debia llegar la Francia á una inmortalidad que á ella sola le pertenece.

Reunidos los comisarios nombrados por el gabinete, Rancé, fue llamado á Paris en 1675. Todo lo habian arreglado ya conforme á las intenciones del

(1) Viaje y aventuras de Francisco Leguat, pág. 4, tomo 1.º

Siervo de Dios; pero un abad de la Comun Observancia, declaró que si se seguia el dictamen de los comisarios, los abades extranjeros no acudirian al Capitulo general del Cister, lo que bastó para que el rey se detuviese, pues un movimiento en el cerebro podia acarrear grandes trastornos. Luis XIV lo sabia y nadie igualaba en prudencia á aquel rey tan absoluto.

Rancé expurgó su biblioteca: respondió al obispo de Paniers y á M. Deslions que con ánimo de desalentarle, le decian que aun estaba lejos de las austeridades de los primeros cristianos: «verdad es que el pan de turba de que me hablais era muy de uso entre los frailes.»

En 1676, contrajo una enfermedad habitual de la que murió, pero que no le impidió trabajar. Despues de haber pasado tres meses en la enfermeria volvió á la comunidad: así se deslizó su vida hasta el año de 1689 en que le sobrevino una recia calentura. Apenas le dejaba el mal algun respiro, volvía á sus ocupaciones seguidas de continuas recaídas: «La vida de un pecador como yo es siempre demasiado duradera solia decir.»

Mademoiselle, cuya ardiente imaginacion estaba en todos partes, escribió á Rancé pidiéndole algunos religiosos: él le respondió: «Estoy persuadido señora, de que V. A. R. no duda del placer que tendria en poder nombrarle un religioso tal cual lo desea, pero me he perdido de un año á esta parte ocho que se me ha llevado Dios. Otros estan próximos á seguirlos; y aunque todavia somos muchos, no vivimos unos y otros mas que con la mira y el deseo de la muerte.»

En esta época murió un religioso que no tenia mas que veinte y tres años, y que en su atavío de difunto dijo á Rancé: «Grande alegría experimento al verme en el traje de mi partida;» y se sonreia cuando iba á morir, como los antiguos bárbaros. Se creia oír aquel pájaro sin nombre, que consuela al viajero en el valle de Cachemira.

Por entonces tambien acudieron á encerrarse ó á intruirse en la Trapa varias personas ilustres.

Bossuet, compañero de colegio de Rancé, visitó á su condiscipulo y se levantó sobre la Trapa como el sol sobre una agreste selva. Ocho veces se transportó á aquel nido el águila de Meaux. Estos diferentes vuelos se rozan con hechos cuya memoria se ha conservado.

En 1682, Luis XIV se estableció en Versalles. En 1685 Bossuet compuso en la Trapa la advertencia del catecismo de Meaux. En 1686 dió fin el orador á sus oraciones fúnebres, con la obra maestra que pronunció delante del ataúd del gran Condé. En 1696 se fué á Dios Sobieski, antiguo mosquetero de Luis el Grande. Sobieski entró en Viena por la brecha que habia abierto el cañon de los Turcos. Los Polacos salvaron á la Europa, que hoy deja exterminar á la Polonia. La historia no es mas agradecida que los hombres.

La Trapa era el sitio en que mas se complacia Bossuet; los hombres brillantes tienen inclinacion á los lugares oscuros. Familiarizado con el camino del Perche, Bossuet escribia á una religiosa enferma: «Espero haceros una visita mas larga á mi vuelta de la Trapa,» — palabras que no tienen mas mérito que el de llevar al pié esta firma: *Bossuet*.

Bossuet hallaba un encanto particular en el modo como celebraban el oficio divino los compañeros de Rancé: «El canto de los Salmos, dice el abate Ledieu, único sonido que venia á turbar el silencio de aquella vasta soledad, las largas pausas de Completas, el dulce, tierno y penetrante acento del *Salve Regina* inspiraban al prelado una especie de melancolia religiosa.» En la Trapa me parecia en efecto, durante aquellos silencios, oír pasar el mundo con el soplo del viento: me acordaba de aquellas guarniciones perdi-